

Lola SE COMPRA UNA NARIZ

Por CARLOS BOISVERD

Desde pequeña no había sido así, pues Lola—lo dicen las fotografías de su infancia—, a los nueve y a los doce años, poseía una naricilla agradable y respingona que no anunciaba la terrible proa de los dieciséis.

Cuando ella indagó, se encontró con que su familia no daba importancia alguna al caso, como si aquello fuera muy natural, como si su nariz no le acarrearía una verdadera serie de calamidades que su mismo orgullo le impedía declarar. Se decía que había sido por una caída, lo que no estaba nada claro, pues por una caída puede uno romperse la nariz, pero no la facultad de que aquella crezca permanentemente. Cuando se quejaba ante su papá de su horrible defecto, no le hacía el menor caso. Para un padre, por lo visto aquello tenía menos importancia que una partida de billar o una pérdida en el frontón. Cuando lo hacía ante su mamá, doña Matilde — la peripatética doña Matilde—respondía: «No veo nada de particular en que tengas la misma nariz que tu tía Agata, una mujer tan «chica» y con tanta distinción en la cara...» Y así, de ese modo frívolo, justificaba lo injustificable, porque la tal tía Agata no había tenido jamás novio, ni se había casado, coleccionaba sellos, contaba historias inverosímiles y si era admitida en sociedad era por su dinero y porque era entremetida por naturaleza, para lo cual su nariz no la perjudicaba lo más mínimo, antes bien, para sus infinitos espionajes, chismes y delaciones, le servía como una antena admirable para captar lo que los más finos oídos no podían percibir... Pero Lola no quería seguir su camino. Lo tremendo era que la comparasen a su tía Agata cuando ella quería otra cosa muy distinta. Lola pretendía casarse, tener un hogar feliz, educar a sus hijos, hacer la felicidad de un hombre y para ello tenía un inconveniente inaudito y feroz, una verdadera muralla de la China entre ella y el mundo de las buenas proporciones: su nariz.

Desde los dieciséis años había comenzado aquel crecimiento detestable de su nariz convirtiéndose en un timón disparatado, en un pico absurdo e implacable —verdadera avanzadilla de su infelicidad—que espantaba a los muchachos y que amenazaba con no dejarla construir su vida.

Con frecuencia los chicos de la calle, a la salida de misa o cuando abandonaba una interesante reunión, se metían con ella y la llamaban simplemente y cruelmente de un modo elemental: «nariz de loro». Aquel mote repetido tantas veces por diferentes mozalbetes, en Madrid como en San Sebastián, acabó por deprimirla tanto que se hizo más retraída, experimentó un placer especial cada vez que se quedaba en casa y poco a poco su vida cambió y se dió a la lectura, dejando hasta de arreglarse y de componerse, devorada por su complejo de inferioridad, por aquella tara, aquella marca que iba a conseguir borrarla de la sociedad, sin que su familia comprendiese el drama que se desarrollaba en su interior. Cuando Lola se quejaba de su nariz, nadie en su casa se conmovía lo más mínimo. «Se ha metido alguien alguna vez contigo?», preguntaba la mamá. «No», respondía ella rápida y en un raptó de orgullo que le impedía confesar la verdad. «Pues entonces...?», terminaba doña Matilde tranquilamente, ajena por completo, como tantas madres, a las preocupaciones de sus hijos. Y ella se quedaba más cortada que nunca, porque en su desgracia no tenía ni siquiera derecho a que alguien compartiera su pena y no era compadecida por nadie.

Nunca había tenido novio, pues aquel ingeniero de montes que tanto interés había mostrado por ella, había huido en uno de aquellos trances callejeros que tanto la torturaban. Salían de merendar de un salón de té, cuando una pandilla de temidos chicuelos que salían del colegio se acercaron a la pareja. Ella tembló de arriba abajo. Conocía bien el peligro. Como sentenciada al castigo habitual, esperó en la seguridad de que estaba todo perdido. Y así fué en efecto, porque Analio, que así se llamaba el ingeniero, no volvió más, a pesar de quererla de veras y de estar ya muy adelantadas sus relaciones.

Cierta día el pintor Gustavo Alarcón la pidió un señalado favor: que aceptara servirle de modelo para un cuadro—el retrato de una gran dama—que se proponía exhibir en la Exposición. «No existe rostro de más personalidad, de más distinción que el suyo, con su nariz, tan particular, que no se parece a ninguna otra», le dijo. Y Lola tuvo al fin la impresión de que su nariz iba a tener alguna utilidad. Por eso, y por distraerse, porque llevaba una vida de retraimiento absoluto, aceptó.

Lola posaba con verdadera naturalidad y paciencia. Las sesiones daban lugar a largas charlas, en las cuales Gustavo hablaba del Arte, de sus viajes, de sus amigos. Por una de ellas, Lola se enteró de un acontecimiento que fue capital para su vida: que tenía un admirador. Si, un muchacho serio y rico, con porvenir y fortuna, amigo de Gustavo, se había prendado de sus ojos, de su boca, de su pelo, de su tipo... (De todo, menos, claro es, de su nariz). Ella, con sagacidad femenina, le fué sacando al artista la pasión que se desarrollaba en el alma de su amigo, cómo la había conocido, dónde la había visto, cómo era... Al principio, su ilusión no le había permitido pensar que su nariz pudiera ser esta vez, como todas las veces, un inconveniente; pero el día en que Gustavo la contó abiertamente todo, dejó de pintar, colocó los pinceles en un jarrón japonés y llegándose hacia ella se expresó en estos términos:

«Mi amigo está, en efecto, enamorado de usted. No vacilaría en casarse inmediatamente. Es rico, inteligente, agradable y sería un excelente marido. Le encanta usted, le encanta su manera de ser, de hablar, cómo piensa, cómo sonríe, cómo entra y sale en un salón. Está loco por sus ojos, por su boca, por su pelo y continuamente me habla de usted, pero hay algo que es preciso que sepa y que yo no debo ocultarle porque los conozco y quiero a los dos. Hay un grave inconveniente que puede dejar de serlo...» Lola se mordía los labios, titubeaba, se arañaba el vestido de noche que tenía para posar... En su interior, ella misma, sentenciaba: «Esta vez, también».

—Sí, ya me lo figuro; era de esperar. ¿Y dice usted que ese inconveniente puede dejar de serlo?

—Desde luego. Convengamos—siguió diciendo el artista—que su nariz es un verdadero obstáculo para hacer la felicidad de los dos. Naturalmente que su personalidad, su sensibilidad, está por encima de todo, pero ese defecto físico que un día, para un retrato, para una Exposición o para el palco de la Opera, resulta distinguido y aristocrático, para la vida diaria del matrimonio, para el trato con los demás, para el viaje, para el avión, para el tren, para alternar con los amigos, es deprimente; deprimente por lo que tiene de constante y de escandaloso. Siempre será usted «esa señora que estuvo hace un rato y que tenía una inmensa nariz», y la esposa de mi amigo—y esto es lo único que le hace flaquear en sus propósitos—será juzgada, antes que por otra cosa, por su nariz.

Lola lloraba ya pensando para sus adentros: «Todo eso y mucho más es verdad». Pero pronto levantó la cabeza y se secó los ojos. El pintor decía:

—Todo esto se lo digo porque tal defecto depende exclusivamente de usted, ya que puede perfectamente corregirse. Se compra usted una nariz nueva y asunto terminado.

—¿Una nariz nueva...?

—Sí. Hoy día, tal cosa carece en absoluto de importancia. Se trata de una operación de veinticinco minutos. Yo mismo la puedo recomendar al doctor que hace tal corrección nasal, prodigiosamente bien, hasta el punto de que vienen a operarse con él muchachas de Biarritz y del mediodía de Francia. Corremos aventuras de todas clases y nos detenemos ante la aventura estupenda de variar de fisonomía. ¿Que tiene una nariz grande? Se la quita y le ponen otra, otra elegida por usted como una pulsera o un vestido malva...

Lola, que ha oído hablar siempre de tales operaciones como algo remoto e impracticable, vió de pronto la luz. En efecto, ahora comprendía que tal cosa era posible, que nada tenía de particular, que con ello no sólo ponía toda su

(Continúa en la pag. 46)

